

CELCIT. Dramática Latinoamericana 402

PENÚLTIMA COMEDIA INGLESA

Marco Antonio de la Parra

PERSONAJES: (M1) / F (1)

Él
Ella

Alguna vez bellos y jóvenes.

Salón inglés. Tal vez solamente un sofá, un par de sillones alguna vez elegantes. Dan la impresión de haber sido recogidos de un contenedor de basura, muy desgastados por el uso. Todo tiene una cierta atmósfera irreal. Incluso las ventanas, la luz.

En escena ÉL, señor muy inglés, chaleco, pipa, aspecto profundamente convencional, con un libro de lujosa encuadernación en la mano. También gastado por el uso.

ÉL: ¡Rita! ¡Rita! ¿Dónde se ha metido, Rita? Definitivamente el servicio ya no es lo que era. No saben ni siquiera quitarle el polvo a los libros. Recojo mi edición favorita de Shelley y está llena de polvo. Ciertamente, tal vez no lo haya leído lo suficientemente seguido. La vida moderna es tan rápida que vuelve muchos placeres imposibles. Así es, amigos míos. Coleridge, Carlyle, Milton. Pero ella debería evitarlo. Pasar su paño amarillo por encima del lomo de cada uno, cuidadosa, sin dejar evidencia del abandono. ¿Le es tan difícil? ¿Es tan difícil? Y es tan hermoso coger un libro limpio. Como si no hubiese pasado el tiempo. Eso es el aseo, eso es la higiene. El tiempo detenido. Todo igual, en el mejor estado posible. Qué asco, cuánto polvo. ¿Dónde se ha metido? ¡Rita!

Entra Ella vestida de camarera con una bandeja de plata con un juego de té.

ELLA: Señor, le ruego me disculpe. Preparaba el té.

ÉL: ¿El té?

ELLA: De Ceilán.

ÉL: ¿Cuál, Rita?

ELLA: Orange Pekoe, señor.

ÉL: ¿Cargado? ¿Sin azúcar?

ELLA: Exacto. Como a usted le gusta, señor.

Ella sirve el té.

ÉL: ¿Sabes que has limpiado inadecuadamente los libros? ¿Sabes que tienen polvo?

ELLA: ¿Polvo?

ÉL: Polvo. Por la parte de arriba, sobre las páginas.

ELLA: Lo lamento, señor.

ÉL: Es tan fácil, Rita, subir y limpiarlos.

ELLA: Es que, como está enferma Clara, he debido comenzar por el segundo piso y me ha tomado mucho tiempo la platería y la colección de porcelanas de la señora.

ÉL: La señora... Siempre la señora. Siempre proteges mejor las cosas de ella. ¿Y mis libros? ¿Y mis armas?

ELLA: Las armas no, señor. Que las carga el diablo. Eso que lo haga Jaime.

ÉL: A mí me gusta verte a ti, en la biblioteca, limpiando mis libros.

ELLA: Lo intentaré esta tarde, señor.

ÉL: No me has entendido, Rita.

ELLA: ¿Qué cosa, señor?

ÉL: Me gusta verte. Cuando estás sobre la escalerilla limpiando a mis poetas ingleses.

ELLA: ¿Los de arriba?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Los de la última fila?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Qué quiere decirme el señor?

ÉL: Que tienes hermosas piernas, Rita.

ELLA: ¡Señor!

ÉL: Y que se ven muy hermosos tus muslos cuando te estiras y que me gusta mirarte.

ELLA: ¿El señor me espía?

ÉL: No te hagas la tonta, Rita. Sabes que te observo. Sabes que me siento cerca de la ventana y que finjo leer y te miro. Te gusta que te mire.

ELLA: ¡Señor!

ÉL: Me gustan tus pechos también, me gusta cuando te inclinas con la bandeja y me muestras tus pechos.

ELLA: Por favor...

ÉL: Y sabes que me gusta y pides traer la bandeja cuando estoy solo. Podría venir Clara o Teresa pero vienes tú. ¿No es así? Tienes a cargo lo de la señora pero vienes tú.

ELLA: Señor, por favor...

ÉL: Me gustas, ¿me oyes? Déjame tocar tus muslos, déjame llegar hasta el nacimiento de tus nalgas. Me enloqueces.

ELLA: Señor, la señora puede llegar en cualquier momento...

ÉL: La Señora está en su *bridge* de cada jueves. Estará meditando si es mejor el pic que el corazón. Yo te mostraré cuál es el mejor juego, amor mío.

ELLA: Señor, por favor, mi cofia, se me cae.

La besa ardientemente.

Ella se resiste a medias excitada, a medias asustada.

ELLA: Puede venir Jaime. Esta casa está llena de gente.

ÉL: Es cierto.

ELLA: Suélteme.

ÉL: No, te vas a fugar. Yo cerraré.

Lo hace.

ÉL: Y ahora un poco de té antes del amor. Sácate ese delantal. Sí, así. Y esa cofia. Sí, así.

Bebe mientras Ella se desnuda. De pronto escupe atragantado.

ÉL: ¡Pero esto es intomable!

ELLA: Pero... ¿qué pasó ahora?

ÉL: Este té es un horror. Está lleno de hojas, está amargo.

ELLA: Lo hice como había que hacerlo...

ÉL: ¡Qué clase de estúpida eres que no sabes siquiera hacer el té! ¡Ni siquiera lo cueles, ni siquiera lo dejas hervir lo suficiente! ¡El mejor té de Inglaterra perdido en esta taza! Traído de la India, preparado en Londres y estropeado por una idiota que no sabe nada de nada. ¡Es inconcebible!

Ella estalla en un ataque de nervios, arroja lejos el delantal y rompe a llorar mientras se saca el uniforme de camarera angustiadamente.

ELLA: ¡No aguanto más! ¡No quiero más!

ÉL: Escucha, Rita...

ELLA: ¡Lo he intentado! ¡No tengo idea! ¡No sé cómo se hace!

ÉL: Rita, llevas años en esta casa y todavía no aprendes a hacer el té...

ELLA: No sigas, Carlos. Esto se acabó. No sigas. No soy Rita. No soy Rita, ¿me oyes?

ÉL: Calma, por favor, calma... No grites...

ELLA: No sirvo para camarera. No sirvo para estas cosas. Esto es un horror. Se acabó. ¿Dónde está mi ropa?

Encuentra una percha con un vestido. Se lo pone.

ÉL: Domina tus nervios, por favor...

ELLA: Me aburrí. No sé hacer el té. No sé hacer el café. No sé cocinar. No hay cómo aprenderlo. Me he roto las uñas intentándolo. Y encima me manoseas, abusas de mí. Eres un tirano. Un tirano. No sé cómo no se fueron antes.

ÉL: No me digas que les encuentras la razón.

ELLA: No quise decir eso...

ÉL: Nos abandonaron, Irma. ¿Te das cuenta de lo que hicieron esos cerdos?

ELLA: No quise decir eso.

ÉL: Pues te estás comportando como ellos...

ELLA: ¡No me hostilices más!

ÉL: Mírate. Igual a Rita.

ELLA: Yo no soy como ella.

ÉL: Pues lo pareces. Te pones igual que ella... grosera, desagradecida. Igual que ella, Irma.

Pausa. Ella retoma el aliento y controla su llanto.

ELLA: Está bien. Perdona lo del té. No sé cómo hacerlo, no sé qué hacer con esas ollas, esas cacerolas horribles. No sé cómo cocinar. Perdóname, por favor; traté, no he podido.

ÉL: Está bien, está bien. Yo no he hablado del tema. Tú no has hablado del tema. ¿De acuerdo?

ELLA: Tú hablaste primero.

ÉL: Irma, no discutamos.

ELLA: Perdona lo del té.

ÉL: Estás perdonada.

ELLA: ¿Sigo de Rita?

ÉL: ¿Qué hora es?

ELLA: Tú llevas la cuenta.

A mí me duelen las tripas.

ÉL: Debe ser mediodía.

ELLA: ¡Nos toca cambiar?

ÉL: Sí, parece que sí.

ELLA: Tenemos que comer algo.

ÉL: ¿Tienes hambre?

ELLA: Un hambre terrible.

ÉL: Te tocaba a ti salir.

ELLA: No, no sigamos con eso. Te toca a ti.

ÉL: Pero yo salí la última vez.

ELLA: Era tu turno. No mezcles las dos cosas. Yo me acuerdo que hicimos un arreglo. El mediodía es el mediodía, el tiempo es el tiempo, las reglas son las reglas.

ÉL: No sé, tú rompiste ahora el acuerdo... Todavía deberías ser Rita.

ELLA: No me obligues a salir ahora. Mírame la cara. Tengo los ojos hinchados.

Ella se maquilla.

ÉL: Eso es bueno para una sirvienta.

ELLA: No, no. Decidimos los turnos y te toca a ti. Yo no toleraría ver el supermercado lleno, toda esa gente que se cree tan satisfecha, tan llena de bienestar y no son nadie, no son nadie. No puedo creerlo, Carlos. Deberían derrumbarse de vergüenza.

ÉL: Y quieres que me lo aguante yo. ¿Quieres que otra vez me cruce con el señor Benson? ¿Qué otra vez tenga que pasar delante suyo?

ELLA: No te reconocí.

ÉL: Ahora podría reconocerme.

ELLA: Él también iba de camarero, Carlos.

ÉL: ¿Y eso no te afecta? Verlo ganándose la vida como un cualquiera. Se fueron todos. Dejaron el barrio indefenso. Han hundido a todos los vecinos.

ELLA: No todos. Yo he oído ruido de fiestas.

ÉL: Sí, yo también las he oído.

No sé cómo lo consiguen.

ELLA: Te toca a ti.

ÉL: Tomaré otra ruta al supermercado.

Es más larga pero más segura.

ELLA: ¿Nos queda dinero?

ÉL: Aún.

ELLA: De todas maneras no hay que hacer gastos excesivos. Trae algo sencillo. Pero pronto. Me muero de hambre, Carlos.

ÉL: Todavía podemos vender algunas cosas.

ELLA: La platería no me la tocas.

ÉL: Pensaba en el cuadro del escritorio.

ELLA: ¿La escena de caza?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Nos quedan más cuadros?

ÉL: Una marina. Un paisaje campestre.

ELLA: ¿Y los retratos?

ÉL: Los comimos el mes pasado.

ELLA: Está bien la escena de caza.

ÉL: Y el par de jarrones.

ELLA: Son una antigüedad.

ÉL: Comemos un mes con ellos.

ELLA: Son una antigüedad, Carlos.

ÉL: Tenemos que resistir, Irma.

ELLA: Vende mis joyas.

ÉL: ¿Tus joyas?

ELLA: Sí, mis joyas, vende mis joyas; mis rubíes, eso es, vende mis rubíes. Traen mala suerte.

ÉL: No te imagino sin joyas, Irma.

ELLA: Podemos vivir sin joyas. Nadie nos ve nunca.

ÉL: ¿Y si nos llama la Reina?

ELLA: Ya no nos llamó la Reina.

ÉL: ¿Y si esto se va al diablo y vuelve la Reina?

No podrás ir sin joyas.

ELLA: En este país ya no hay Reina, Carlos.

ÉL: ¿No hay Reina? Tiene que haber Reina.

ELLA: Hace mucho tiempo que no hablan de ella, Carlos.

ÉL: A lo mejor no hay, puede ser, pero ha habido o habrá. Estoy seguro. No todo seguirá igual. El tiempo es circular, está demostrado. Las joyas no, no podría soportarlo.

ELLA: Estás usando tu turno, Carlos. Estás haciendo trampa.

ÉL: Perdón.

Ella golpea las palmas. Se ha transformado en una dama de sociedad.

ELLA: ¡Jaime! ¿Dónde se ha metido?

Él se viste de mayordomo.

ELLA: Siempre desaparece cuando más lo necesito. ¡Jaime! ¡Jaime!

Él termina de vestirse. Un perfecto y atildado mayordomo.

ÉL: ¿Señora? ¿Me llamó?

ELLA: ¿Jaime?

ÉL: Sí, aquí estoy.

ELLA: ¿Está dispuesto a hacer las compras?

ÉL: Sí, señora, a su total disposición.

ELLA: ¿Total?

ÉL: Total y absolutamente.

ELLA: ¿Hará lo que yo le pida?

ÉL: Lo que usted mande, señora.

Ella disfruta el poder.

ELLA: Pues verá, Jaime, es terrible pero hoy se ha enfermado Roberto, el chofer, así que deberá ir usted. Llamé a Teresa y me contó que hoy está mucho mejor y vendrá mañana a ayudar a Claudia y a Clara con el aseo. Y por supuesto a Rita, claro está. Hable con Olga antes de salir, por favor, Jaime, dígame que prepare lo mejor que tenga en sus recetas vegetarianas que nos visita Lady Grace.

ÉL: ¿Es necesario que hables siempre de tanta gente?

ELLA: ¡Jaime!

ÉL: Parece que viviéramos en una urbanización.

ELLA: No me interrumpa, Jaime.

ÉL: Nunca fue tan grande, Irma.

ELLA: Pues debió haberlo sido.

No me debí haber casado con ese cualquiera.

ÉL: Irma...

ELLA: Jaime, no me está escuchando.

¿No se da cuenta de quién manda aquí?

Me extraña. ¿Dónde trabajó antes?

ÉL: Perdón.

ELLA: ¿Dónde trabajó antes?

ÉL: Con los... los Swift, señora.

ELLA: Pues recuerde que no debe interrumpirme.

Por menos han flagelado a Rita. Y han colocado puntas de bambú bajo las uñas de Clara. Y han encerrado en el sótano a Teresa. No solamente ellas se equivocan. ¿Sabe cómo le gritaron a Rita por hacer mal el té?

ÉL: Sí, señora.

ELLA: Tengo hambre, Jaime.

ÉL: Eso no lo diría...

ELLA: ¡Jaime!

ÉL: Perdón.

ELLA: Deseo que pronto esté servido el almuerzo. Comeremos en el salón de siempre. Tiene más luz. Yo hablaré con Rita y con Clara para que pongan la mesa. Adiós, Jaime. y si se cruza con Mister Benson saludelo de mi parte.

ÉL: Hasta luego, señora.

ELLA: Adiós, Jaime.

*Él sale. Puerta que se cierra.
Ella se queda sola.*

ELLA: ¿Jaime? ¿Carlos?

Comprueba que no hay nadie. Coge la ropa de sirvienta. Se la pone de nuevo.

ELLA: ¿Señora? ¿Señora?

¿Sabía que usted es una perdida, señora?

Está loca, totalmente loca, señora. Se cree con autoridad, que habla con Teresa, que llama al jardinero, que Roberto la lleva para acá y para allá, se cree que no sabemos lo que hace a escondidas del patrón.

Roberto nos ha contado a todos qué hace cuando la niña va a clases de piano y se fuga al pabellón de caza de la Villa Grimaldi y se acuesta con Lord Hampton y tiran hasta enrojecer, se hace arañar, se hace golpear, le gusta que la pongan en cuatro patas como a un perro, le gusta que le hagan daño.

Se pagan los pecados, vieja loca, se pagan, puta rica.

Todo se paga en la vida.

Se paga en dolor, en abandono se paga, en soledad se paga.

Ahora tiene hambre la vieja loca.

Bien está que la maltraten, bien está que sufra, que la apaleen, que le destrocen sus abrigos de piel, zorra asesina, eso es, está loca, cree que no sabemos todos lo que hizo cuando dejó a Lord Hampton por el almirante Francis y puso de cabeza a todo el Ministerio de Marina creyendo que era una espía.

Una puta barata, eso es usted, señora.

Señora, cree que todavía es señora.

Ruido de puerta. Entra Él, visiblemente descompuesto. Cierra la puerta con todo tipo de seguros. Jadea. Ha corrido. Trae una bolsa de plástico de supermercado.

ELLA: *(En rol de Rita.)* Te esperaba. Ven, Jaime. Aprovechemos que no está la señora, ni tu novia, ni Roberto que nos vigila, los han llevado a cenar con el Embajador de la India. Ven, ven.

Manosea lúbricamente el paquete dentro de la bolsa. Él no reacciona. Él se saca el bigote.

ELLA: ¿Trajiste algo de comer?

ÉL: Son sándwiches preparados.

Ella come vorazmente.

ELLA: Están espléndidos.

¿Esto come la gente de afuera?

ÉL: No, comen comida.

ELLA: ¿Sí? ¿En los restaurantes?

¿Con manteles y cubiertos y vasos y todo?

ÉL: Sí.

ELLA: Qué maravilla. Debe ser fantástico.

¿No te parece fantástico? ¿Jaime?

¿Qué te pasa a ti?

¿Viste al señor Benson ese?

ÉL: Peor que eso. Están por todas partes.

ELLA: ¿Quiénes?

ÉL: Los vagabundos.

ELLA: Quedamos en no hablar de ellos.

ÉL: En cualquier momento creo que puedo verlos.

ELLA: ¿A quiénes?

ÉL: A Claudio, a Teresa, a cualquiera.

ELLA: Quedamos en no hablar de eso.

Estás de Jaime. Yo estoy de Rita.

ÉL: Quedamos en no hablar de muchas cosas.

ELLA: Pues entonces calla. Y atendamos a los señores. Yo voy a servir el almuerzo. (*Saborea.*) Mira qué menú: sopa de camarones, qué olor, calentísima, y solomillo con salsa a la pimienta, qué aroma, mira cómo sangra la carne, y el puré y las verduras en un *panaché* exquisito.

ÉL: Están por todas partes.

ELLA: ¡Jaime! ¡Tenemos que servir!

ÉL: Duermen en los portales.

Ya ni siquiera piden limosna.

ELLA: Tenemos que hacer el almuerzo.

ÉL: Actúan como si estuvieran satisfechos.

Como si hubieran conseguido lo que querían, como si no quisiesen nada más que estar ahí, mirándome.

ELLA: ¿Te miraron?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿No te hicieron nada?

ÉL: No.

ELLA: ¿No te dijeron nada?

ÉL: No. Solamente me miraban.

Como si supieran quién era yo, como si se diesen cuenta de que yo no era Jaime,

que era yo, que no tenía nada,
que estaba en la calle,
donde no me correspondía,
como si se burlaran sutilmente de mí.

¿Me entiendes? Sutilmente.

Sin ni siquiera sonreír.

Sin ni siquiera abuchearme.

Sin un ruido.

Solamente los ojos. Solamente.

En la oscuridad además.

Brillando. Nos vigilan, Irma.

ELLA: ¿Nos vigilan?

ÉL: Seguro. Saben todo.

ELLA: (*Ríe, nerviosa.*) No, eso es imposible.

ÉL: O van a saberlo de un momento a otro. Todo.

ELLA: No, eso no puede ser. ¿Cómo van a averiguarlo?

ÉL: No sé, tal vez por alguno de los que se fue de aquí.

ELLA: Están muy lejos. Tienen que estar muy lejos.

No dejaron nada. Apenas la bodega.

Él está muy inquieto, parece lleno de suspicacias. Revisa ventanas, escucha a través de los muros.

ÉL: Silencio.

ÉL: Incluso tengo miedo de que hayan entrado en la casa.

ELLA: Estás loco. ¿Dónde?

ÉL: Sí, puede ser que hayan entrado en la casa.

ELLA: Eso sería un horror.

ÉL: Un horror absoluto.

ELLA: ¿Y por dónde entraron?

ÉL: Por el garaje. Yo creo que entraron por el garaje.

La nieve tapó las huellas que hice.

ELLA: Las hiciste de nuevo, supongo.

ÉL: En la noche, con el neumático.

Casi me costó una pulmonía.

ELLA: ¿Y qué pasó?

ÉL: No encontré el neumático.

La puerta estaba cerrada.

ELLA: Estás loco.

ÉL: Yo no la cerré.

ELLA: Yo tampoco.

ÉL: Hay alguien dentro.
Quizás nos esté escuchando ahora mismo.

Cambian súbitamente.

ELLA: ¿Jaime?

ÉL: Sí, señora.

ELLA: ¿Hay alguien afuera, Jaime?

ÉL: Nadie, señora.

Solo los vagabundos, usted sabe, la situación del país.

ELLA: Los pobres son los mismos de siempre, Jaime, solo que ahora no los esconden como antes. Esos malditos programas de salud que los tienen demasiado sanos. Coja la escopeta y limpie la acera. Vaya, Jaime.

Pausa. Ambos llenos de desconfianza.

ELLA: ¿Habrá oído?

ÉL: No lo sé.

ELLA: ¿Estará ahí?

ÉL: Habría que ir a ver.

ELLA: Tal vez solamente ha pasado la noche y no vuelva.

ÉL: Tal vez se quede a vivir ahí.

ELLA: Mientras no entre al sótano...

ÉL: De eso ni hablar.

Cambio.

ELLA: El almuerzo estuvo estupendo, Jaime. Dígale a Olga que cada vez cocina mejor. Lady Grace quedó encantada con sus platos especiales. Un quiche genial. Los camarones estaban sabrosísimos. La carne jugosa. Y blanda. ¿Es argentina? ¿No?

ÉL: No sé si podremos seguir con este juego, Irma.

Ella se levanta y lo abofetea. Luego coge un látigo y lo sacude sobre el suelo.

ELLA: Las reglas son las reglas... Ja-i-me.

ÉL: Sí, señora.

ELLA: De rodillas.

ÉL: Pero...

ELLA: De rodillas he dicho.

Él se arrodilla, molesto.

ELLA: ¿Por qué solamente yo tengo que arrepentirme?

ÉL: Ahora eres tú...

ELLA: Tráteme de usted, Jaime.

ÉL: Sí, señora.

ELLA: Dígame qué piensa de mí, Jaime.

ÉL: No sé, que está muy bien... que es muy encantadora...

ELLA: De mi cuerpo... ¿Qué piensa, Jaime?

ÉL: Bueno... que es muy elegante...

ELLA: ¿Elegante? ¡Qué asco!

¿Solamente le parezco elegante?

Elegante es un paraguas, imbécil.

ÉL: Bueno... es muy atractivo...

ELLA: ¿Atractivo? ¿Por qué el señor puede piropear y manosear a Rita y usted no se deja seducir por la señora? ¿No sabe que la señora también se calienta? ¿No sabe que la señora también necesita sentir que es sexual? ¿O usted es un aliado del eunuco de mi marido que solamente se acuesta con las criadas?

ÉL: ¡Irma!

Ella lo azota.

ÉL: Sí, señora, perdón; señora, usted es magnífica, usted es sensacional, no hay otra mujer como usted, usted es increíble, me vuelve loco, no sé cómo puedo resistirme a violarla, no sé cómo puedo tolerar su inmensa sensualidad, sí, sí, señora, sí, sí...

Ella se detiene, satisfecha.

ÉL: Estoy seguro de que no lo hacían de este modo.

ELLA: ¡Silencio!

ÉL: Cuando estás con hambre eres terrible.

ELLA: Ya no tengo hambre.

ÉL: Pues yo sí.

ELLA: No has comido porque no has querido.

Con el pie empuja el sándwich hacia Él.

ELLA: Come. ¡Sin levantarte! ¡De rodillas!

ÉL: Vas a ver cuando me toque a mí.

ELLA: Lo justo es justo.

Tú sabrás lo que haces conmigo
que luego te lo haré yo a ti.

ÉL: La señora no coqueteaba así con Jaime.

ELLA: ¿Y tú? ¿Coqueteabas así con Rita?

ÉL: Quedamos en no hablar de eso.

ELLA: Quedamos en no hablar de muchas cosas.

¿Ha comido, Jaime?

ÉL: Sí, señora.

ELLA: Póngase de pie. Eso.

Un hombre de su apostura no se ve bien en el suelo.

De pie. Bien, muy bien.

¿Mucha gentuza en la calle, Jaime?

ÉL: Mucha, señora.

ELLA: Hay que solucionar ese problema, Jaime.

ÉL: Deberían mandarlos a morir a sus barrios, señora.

ELLA: Ha mejorado en exceso la movilización pública.

Ese es el problema.

Circulan por toda la ciudad

por un costo demasiado bajo.

¿Tiene la escopeta? Dispare, Jaime.

ÉL: Sí, señora.

Apunta. De pronto encañona a Ella.

ÉL: Estás vestida de Rita.

ELLA: Sí, es cierto.

ÉL: Me has maltratado vestida de Rita.

ELLA: No todo es perfecto.

Él baja la escopeta. Cierta complicidad. Se sonríen mutuamente.

ÉL: ¿Qué hacemos, Rita?

ELLA: ¿Qué hacemos, Jaime?

ÉL: Los señores están asustados, Rita.

ELLA: Los señores están asustados, Jaime

Intentan dominar a duras penas las carcajadas de complicidad y desprecio burlón que los invaden.

ÉL: Sí, Rita, de que se les meta gente en la casa, de que los invadan y les quiten lo poco que les queda.

ELLA: Lo poco que tienen. Si supieran...

ÉL: Si supieran...

ELLA: Qué divertido. Les van a quitar todo, pero todo.

ÉL: No saben que ya no hay nada, que no hay nada pero nada.

ELLA: Será nuestra venganza, Jaime.

ÉL: Te acuerdas de que querían tratarnos como negros, casi se trajeron criados de las colonias, nos salvó el hecho que eran unos racistas de mierda, eso nos salvó.

Escupen las palabras, repletos de resentimiento.

ELLA: Racistas de mierda.

ÉL: Asquerosos racistas. Ahora se les llena la ciudad de vagabundos.

ELLA: Vagabundos negros.

ÉL: Vagabundos extranjeros.

ELLA: Vagabundos pelirrojos.

ÉL: Vagabundos blancos.

ELLA: Racistas.

ÉL: Asquerosos racistas.

ELLA: Nunca tan racistas porque el señor se acostaba con la hindú que tuvo de peluquera la señora.

ÉL: ¿Se acostaba con la peluquera hindú?

¿Cómo lo supiste?

ELLA: Los vi con mis propios ojos.

ÉL: ¿Los viste?

ELLA: En el traspatio. Apoyados contra el muro.

De pie, te lo juro que lo hacían de pie.

ÉL: ¿De pie?

ELLA: Y lo disfrutaba el señor. De pie.

ÉL: ¿Y lo supo la señora?

ELLA: Ella también tenía sus cosas, ¿no lo sabías?

ÉL: ¿Estaba liada?

ELLA: Ah, sí, con cierto joven y guapo diplomático de color.

ÉL: Estás loca.

ELLA: En su coche. En el parque. Le decía a él que jugaba *bridge*.

ÉL: Nunca dejó de jugar *bridge*.

ELLA: Nunca dejó de acostarse con ese joven diplomático de color.

ÉL: Mientes.

ELLA: No miento.

Le apunta con la escopeta.

ÉL: La va a matar si lo sabe.

ELLA: ¿Y por qué no puede ella también ponerle los cuernos?

¿Acaso no está en el mismo derecho?

ÉL: Es distinto.

ELLA: Es lo mismo.

ÉL: La mataré.

ELLA: Jaime, ¿qué te importa a ti?

ÉL: La matará.

ELLA: Cálmate, Jaime, si no es cierto.

ÉL: Es cierto.

ELLA: No.

ÉL: Lo has dicho totalmente convencida.

ELLA: Es una fantasía.

ÉL: Un deseo. Es lo mismo.

ELLA: Era una broma. Cálmate.

ÉL: No era una broma.

ELLA: Era una broma,
ella jamás se metería con gentuza,
no era de la clase de él.

ÉL: No era una broma, se metió con él, tú lo dijiste.

ELLA: No sabes nada.

Él es un tipo vulgar, ordinario, corriente.

Él hacía esas cosas. Ella era la del apellido.

ÉL: No, no era así.

ELLA: Sí, el venía de abajo, ella lo levantó,
ella le dio todo lo que tenían
y él perdió todo, todo, todo. ¿Me oyes? To-do.

ÉL: ¡Irma!

Baja la escopeta. Se miran. Ella baja la cabeza. Parece sacudirse los malos pensamientos. Se saca el uniforme de camarera. Lento y triste volver a su vestimenta de señora pero sin asumir el rol. El deja el arma. Mira por las ventanas.

ELLA: Perdón.

ÉL: Cuando empezamos así se marchó Gloria
y se fue después Ernesto.

ELLA: No los nombres.

ÉL: Así sucedió. Se colgaron un aro en la oreja, se tiñeron el pelo, se rasgaron la
ropa y partieron.

Y no supimos nunca nada más de ellos.

Ella parece acariciar los recuerdos. Coge fotografías enmarcadas sobre una mesita.

ELLA: ¿Esta era Gloria?

ÉL: Sí, Gloria.

ELLA: Dilo de nuevo.

ÉL: Gloria.

ELLA: ¿Y este era Ernesto?

ÉL: Sí, Ernesto.

ELLA: Gloria y Ernesto. Gloria y Ernesto.

ÉL: Ni una carta. Ni una llamada telefónica. Ni una fotografía.

ELLA: ¿No tenemos ni una fotografía?

ÉL: No. Solo esas.

ELLA: ¿Solo los nombres?

ÉL: Nada más.

ELLA: (*Melancólica.*) Gloria tocaba tan bien el piano. Ernesto era tan buen jugador de *rugby*. Eran bellos, me daría miedo volver a verlos. A lo mejor tienen alguna cicatriz. O se han afeado. Tú sabes cómo es el tiempo, Carlos. ¿Dónde estarán? Ella debe ser concertista de fama mundial. Él debe haber sido contratado por un gran equipo francés y debe haber llegado a ser una estrella, algún tipo de estrella, alguna fama, minúscula, debe haber sido muy famoso por un día, por un instante, seguro.

ÉL: ¿Rita?

Ella contesta como sirvienta a pesar de estar vestida de señora.

ELLA: ¿Sí, Jaime?

ÉL: Es la hora de preparar la casa, ya vuelven los señores del campo.

ELLA: ¿Han ido con los niños?

ÉL: Los señores no tienen niños.

ELLA: ¿Nunca han tenido niños?

ÉL: Nunca, o sí, siempre han tenido niños.

ELLA: ¿Les escriben?

ÉL: Siempre les escriben.

ELLA: ¿Recibieron alguna carta?

ÉL: Ayer, una de Varsovia.

Simulan que leen papeles en blanco. Ella en rol de señora.

ELLA: Querida madre, qué bien se está aquí, qué bello palacio el que han dispuesto para mi alojamiento, qué bello piano, qué bello carruaje el que me

recoge cada noche para ir al teatro, qué bellos aplausos al final de cada función, qué bellos recuerdos guardo de tí, qué bello debe estar Londres, igual de bello que siempre y ustedes igual y todo igual que siempre, besos, bellos besos para ti de tu bella hija... Gloria.

ÉL: Otra, de Praga.

ELLA: Bella madre, qué bella es Praga, qué buena comida, qué hermoso recinto, qué linda mesa sobre la que escribo, qué deliciosos manjares han servido, qué hermoso es el río que cruzo a caballo, qué terrible la distancia, qué hermoso quererte siempre, acordándome de ti, todo el día.

ÉL: Otra, de Budapest.

ELLA: Madre, hermoso, todo, casi todo, la distancia nada más, el sol, la noche que cae muy pronto, encajes, una copa de oro, el sonido del piano, transparente como la lluvia. ¿Dónde estás, madre? ¿Dónde estás que no me contestas? ¿Por qué me has abandonado?

Se ríe pícaro. Cambia su voz a Rita.

ELLA: ¡Pero qué bruta! ¡Pero qué bruta! ¿Escondámosle las cartas, Jaime? ¿Hagámoslas pedazos? Escucha llorar en la noche a la vieja loca de la señora. Loca de dolor se retuerce en su lecho. Mira cómo llueven los pedazos de carta. ¡Qué risa!

ÉL: Otra, de Moscú.

ELLA: Madre mía. Acá todo está mejor desde que cayó el comunismo. Todo mejora, todo más selecto, todo extremadamente refinado, han restaurado la monarquía, han reconocido los títulos nobiliarios, me casaré con un barón, tengo como amante a un marqués y el futuro es... ¡esplendoroso!

Cantan «Love is a many-splendored thing». Luego enmudecen. Pausa. Pensativos.

ELLA: La señora tenía tanto miedo de los comunistas.

ÉL: ¿Te acuerdas?

ELLA: Tenía pánico de los comunistas.

ÉL: Creía que iban a llegar aquí y le iban a invadir la casa.

ELLA: Que se iban a meter por todas partes, que iban a dividir la mansión, que la iban a dejar en una sola habitación como una menesterosa.

ÉL: Leía cuanto libro de propaganda hubiese, se lo creía todo, todo.

ELLA: Creía que iba a estallar la Tercera Guerra Mundial.

ÉL: Daba dinero para los partidos de derecha.

ELLA: Creía en los jóvenes economistas, en el dinero, en la propiedad privada.

ÉL: ¿Te acuerdas que el señorito Ernesto se le puso un poquito comunista?

Ella se quiebra. Luego acaricia las fotos.

ÉL: ¿Rita? ¿Irma?

ELLA: Tienes razón.

ÉL: ¿Qué te pasa?

ELLA: Justo eso pudo haberle pasado. Quizás esté vagando por ahí sin saber si puede volver, sin atreverse a volver, quizás se alistó en una guerra en África, en Cuba, en Afganistán y vaga ahora con el capote del Ejército Rojo...

ÉL: No exageres, Irma.

ELLA: Cuando vi caer las estatuas pensaba en él. Pobrecito, sin rumbo, sin corazón ni nada. ¿Qué le pudo haber pasado para que se haya puesto así?

ÉL: Hablas demasiado, Irma, no puedes dejar de hablar.

ELLA: Son las palabras que me perturban.

ÉL: No hay que hablar, Irma. Hay que actuar. Actuar. ¿Oíste, Irma?

ELLA: No soy Irma. Soy Rita.

ÉL: Aún debes ser la señora.

ELLA: Ya no puedo. Ya no hay razón.

Ya no hay motivo.

ÉL: Cállese, señora.

ELLA: Soy Rita.

ÉL: No puede la señora alterar el juego.

Se es lo que se es cuando toca serlo

ELLA: Se es quien se puede ser, Jaime.

Tú también lo haces.

Ahora solamente puedo ser Rita.

ÉL: Deberían azotarte. El señor te va a azotar.

ELLA: Pues que me azote. Que me azote.

Pero no quiero acordarme ni de Gloria ni de Ernesto.

Rita no tiene hijos.

Mírala, es libre, divertida, soltera, coqueta.

Igual que Jaime. ¿No es así?

Pausa. Ella recupera su cofia y su vestimenta de criada.

ÉL: Sí, Rita.

ELLA: ¿Jaime?

ÉL: ¿Qué quieres, Rita?

ELLA: Aprovechemos que no están los señores.

ÉL: No, ya van a llegar.

ELLA: No, llegarán más tarde.

Bésame, manoséame, tócame, Jaime.

ÉL: Nos puede descubrir Roberto.

ELLA: No, no nos descubrirá.

ÉL: Rita...

ELLA: Manoséame. Hazme el amor, revientame.

ÉL: Estás loca.

ELLA: Estoy ardiendo, Jaime, por favor...

ÉL: No, ya no puedo, no puedo.

ELLA: Me gustas, Jaime.

ÉL: No puedo ahora.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: No sé por qué. No te acerques. Suéltame.

Él se aleja. Ella lo mira muy enfadada.

ELLA: ¿Por qué no te gusta acostarte conmigo cuando soy Rita y tú eres Jaime?

¿Por qué sí te gusta cuando eres el señor? Ahí se te para muy bien, claro, se te pone duro de inmediato. Me persigues incluso.

ÉL: Es distinto.

ELLA: Claro que es distinto. A mí no me gustas cuando eres el señor.

ÉL: Me falta algo cuando estoy con este traje.

ELLA: Te falta el dominio, ¿no es así?

¿Eso sentías con la peluquera hindú? ¿El dominio?

ÉL: Además estamos hablando de temas muy amargos.

ELLA: *(No quiere escucharlo.)* ¿Por eso te gusta de pie?

¿Y ella agachada? ¿Y ella boca abajo?

ÉL: No seas grosera, por favor.

ELLA: Nunca funcionaste bien en la cama.

Recién ahora lo supe.

Cuando fui Rita por primera vez y me violaste sobre la mesa de billar. Qué fogoso podías ser, qué gran tipo.

En cambio, ahora...

ÉL: Todos hemos cambiado.

ELLA: Nunca fuiste un hombre, Carlos.

ÉL: No soy Carlos.

ELLA: Pues yo ya no soy Rita.

Ella se cambia y se viste de señora. Entra y sale del aposento.

ELLA: Hola, Jaime, buenas tardes.

ÉL: Buenas tardes, señora.

¿Cómo estuvo el paseo por el campo?

ELLA: Precioso, Jaime, muchas gracias. Ah, tonterías. ¿Quieres que te diga la verdad? Estuvo horrible. Horrible. Una fatalidad. Tú sabes, el campo le encanta a Carlos. Una estupidez el campo, a mí me gustan los salones de palacio, la chimenea encendida ciertos días de verano, tres o cuatro, nunca más. Junto al mar, claro, y sin viento, sin viento, Jaime, por favor, con el aire libre sano y tranquilo, que valga la pena, sin despeinarse. Carlos no, idiota, le encanta revolcarse en el pasto, revolcarse todo el otoño encima de las hojas. Ha subido a darse un baño, está inmundo, su maldito afán de *rugbista* de estar siempre hediondo de fango, a veces me asusta escucharlo, sus extrañas ideas de libertad, de naturaleza. ¿A dónde crees que nos van a llevar esas ideas, Jaime? ¿A dónde? ¿Me escuchas?

ÉL: Sí, señora, atentamente.

ELLA: ¿Lo escuchas a él? Está haciendo correr el agua, juega con el agua como un niño. Es un niño. No me toca, ni siquiera me toca, Jaime. Venga, Jaime, venga más cerca de mí.

ÉL: ¿Señora?

ELLA: Tengo miedo, Jaime.

ÉL: ¿Por qué, señora?

ELLA: Carlos se quiere ir a vivir al campo.

ÉL: Tal vez tenga razón.

ELLA: ¿Lo dices por ellos?

ÉL: ¿Por quiénes?

ELLA: Por los vagabundos. Se tocan, se abrazan, duermen abrazados por todas partes. No tienen horario ni costumbres. Tal vez Carlos se está transformando en uno de ellos. O yo, o él, o yo, o él. A lo mejor me lleva al campo para que me transforme. Hoy lo vi en el barro y parecía uno de ellos. (*Retrocede como ante una revelación.*) ¡Eso es! Me ha mentado. Me ha querido engañar. Todo este tiempo. ¡Él es quien duerme en el garaje! A eso sale. Se junta con ellos. Es un vagabundo. Es uno de ellos, Jaime... ¡Jaime es uno de ellos!

Él la abofetea.

ELLA: ¡Jaime!

ÉL: ¡Basta!

ELLA: ¿Qué pasa ahora?

ÉL: ¡Se acabó! Te aprovechas, rompes las reglas.

Cada vez lo haces peor.

¡Es verdad!

Entrarán de pronto a esta casa.

Descubrirán todo.

¿No puedes dejar de hablar de eso?

¿No es suficiente con que sea cierto para estar recordándolo todo el día?

ELLA: Perdón, tengo tanto miedo.
ÉL: Yo también tengo miedo.
ELLA: Deberíamos dejar esta casa.
ÉL: Ni se te ocurra sugerirlo.
ELLA: Irnos al barrio Norte.
ÉL: Estás loca.
ELLA: Debe haber un piso en una urbanización,
Con *paddle tennis*, con piscina.
ÉL: No sigas con ese cuento, Irma.
ELLA: ¿Por qué no?
¿Por qué no ser como todo el mundo?
¿Por qué no?
ÉL: Es imposible.
ELLA: ¿Hay vagabundos allá también?
ÉL: Basta, por favor, basta.
Descansemos un segundo.
Esto ya no resiste más.
ELLA: Estos eran barrios distinguidos.
Lo mejor de Londres.
ÉL: Basta, Irma. No sigas con eso.
Hasta cuándo.
No estamos en Londres.
ELLA: ¿No estamos en Londres?
ÉL: Sabes muy bien que no estamos en Londres.
ELLA: Tú dijiste que estábamos en Londres.
ÉL: Era hermoso pensarlo.
ELLA: ¿No hay Reina tampoco?
ÉL: No sé. Supongo que no. Tú misma lo dijiste.
ELLA: ¿Dónde estamos?
ÉL: Donde siempre. ¿Dónde íbamos a estar?
ELLA: Tú dijiste que era Londres,
que vendría la Reina, que haríamos una fiesta.
ÉL: Era hermoso imaginárselo.
ELLA: También en eso me mentiste, Carlos.
ÉL: Soy Jaime, no Carlos.
ELLA: No eres Carlos.
ÉL: Bueno, tú tampoco eres Irma.
ELLA: Y tú tampoco. Y yo tampoco.
y no somos nada de todo esto.
Soy solo una mujer desesperada
que ya no tiene nada, nada,

ni sus hijos, que no sé dónde están...

ÉL: Irma...

ELLA: Y que quiere solamente una casa,
un piso, una chimenea, una estufa...

ÉL: Mujer...

ELLA: ¿Qué tiene de malo querer estar protegida?

¿Qué tiene de malo querer dejar de tener frío?

¿Por qué quieren meterse en esta casa?

¿No estaba vacía cuando llegamos?

Le cruza la cara con una bofetada. La sacude, la arroja lejos.

ÉL: Tú sabes que estaba vacía.

ELLA: Nos va a oír el del garaje.

ÉL: ¿Y qué? ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál?

ELLA: No grites, por favor.

ÉL: ¡Basta!

ELLA: Sabe todo, lo sabe todo.

ÉL: ¡Calla de una vez por todas!

Él coge la escopeta.

ÉL: Te voy a matar, te voy a matar. ¿Me oyes?

ELLA: Esa escopeta está descargada.

ÉL: O te callas o te mato.

ELLA: Van a descubrir el agujero en el sótano.

Van a saberlo todo.

Nueva bofetada.

ÉL: No hay agujero. No hay nada. ¿Me oyes?

ELLA: Te gusta pegarme, ¿no es así?

Otra bofetada.

La golpea largamente mientras ella habla.

ELLA: Vamos, sigue golpeándome, sigue, tú puedes hacer y decir lo que quieras, tú hablas de la naturaleza, tú hablas de la libertad, me hiciste ser a tu modo y me golpeas. Eso, dame con todo, hazme pedazos la cara, lléname de heridas, hazme sangrar, que cuando me toque salir a la calle me parezca cada día más a ellos, qué otra cosa somos, qué otra cosa somos, eso, eso, eso.

Cae casi inconsciente. Él trae una cuerda y la ata a un sillón. La amordaza malamente. Jadean ambos.

Pausa.

ÉL: Me voy a bañar, Rita.

Él se desnuda a medias. Se viste de Rita. Hace voz de hombre y voz de mujer alternadamente.

ÉL: Me ha cansado el paseo, Rita, me bañaré.

Ya está lista el agua, señor.

¿Por qué no sube conmigo?

Ay, no, señor. No me manosee.

Me gustas, Rita.

Me excita, señor, no siga, por favor, señor.

Te gusto, te gusto.

Ay, sí, usted sí que sabe lo que me gusta,

usted sí que lo sabe.

Subamos mi amor, antes que vuelva la señora.

Sí, subamos, señor.

Él sale automanoseándose. Ella, a duras penas, se intenta soltar. Suena un vidrio roto. Ella aterrorizada.

ELLA: ¡Carlos!

Entra Él.

ELLA: ¿Lo oíste?

ÉL: Sí.

ELLA: ¿Fue aquí? ¿No es así?

ÉL: No lo sé.

ELLA: ¿Qué podemos hacer?

ÉL: Shitt. Hay que escuchar atentamente.

Va a oscurecer.

Deben buscar sus sitios para dormir.

ELLA: Suéltame, por favor.

ÉL: Silencio.

ELLA: Prometo no provocarte de nuevo.

ÉL: Silencio te he dicho.

Él recorre en silencio los bordes de la casa. No se escucha ni el aliento. Ella lo mira con pavor.

ÉL: No está.

ELLA: Yo escuché romperse un vidrio.

ÉL: Yo no oí nada.

ELLA: Lo oíste.

ÉL: Te lo imaginaste.

ELLA: Tú te estás tratando de imaginar que no lo oíste.

ÉL: No, no es cierto.

ELLA: Suéltame de una vez por todas.

ÉL: No.

Él repone la mordaza de Ella. La deja muda. Luego se sienta y la contempla.

ÉL: Estás mejor así.

Estás más tranquila.

Deberías estar siempre así.

Nunca has hecho bien tu papel, nunca.

¿No oyes lo calmada que se siente la casa?

Contigo todo es un lío.

No debí haberte dicho que te quedaras.

No, claro que no.

Debí haberte dejado ir.

¿No pensaste en marcharte tú también?

No, te dio miedo.

A mí también me dio miedo.

Me dio mucho miedo.

Tal vez por eso te pedí que te quedaras.

Estaba muy solo. ¿No te das cuenta?

Muy pero muy solo.

Uno no debe tomar decisiones importantes si se siente solo.

La soledad es pésima consejera.

¿No lo sabías? Claro que lo sabías.

Tú también lo has pensado.

«No debí haberme quedado con él».

«Sería más libre afuera».

Como ellos. Como él o ella.

El del garaje.

Sí, oí el vidrio.

Pero igual no importa.

No es el primer vidrio que rompen.
A veces soy yo mismo el que rompe los vidrios.
¿Sabías?
Sé que te asusta y te pone a mi merced.
Eres más dócil cuando estás asustada.
Lo malo es el silencio.
Es horrible el silencio.
¿No puedes ser conversadora y amable al mismo tiempo?
¿No puedes someterte como se sometería Rita o Irma, una sirvienta o una mujer?
¿No te das cuenta de que por eso estamos como estamos?
Se pierde el respeto y se pierde todo.
Se van los hijos, se van los criados, se van los señores.
No queda nada, nada, nada.
¿Por qué no contestas?
¿Mujer?
Habla ahora, habla.

Le saca la mordaza. Ella no dice nada.

ÉL: ¿Por qué no hablas?
Te he dicho muchas cosas.
¿Qué piensas? ¿Ah?
¿Qué piensas? ¿Qué miras?
¿Irma? ¿Rita? ¿Claudia? ¿Teresa?
¿Por qué no me contestas?
¿Pero qué te crees?
No me puedes dejar así, en silencio.
Me estás provocando.
¿Irma? ¿Mujer?
¿Qué te pasa?
¿Pero qué te pasa?
¿Acaso ya no me quieres?
¿Qué dices?
¡Rita!

La sacude. Ella sigue muda.

ÉL: Pero, contéstame, por favor, contéstame.
Por favor, te lo ruego, te lo pido de rodillas.
Háblame, amor mío, háblame. ¿No? ¿No?

Ella lo mira, duramente.

ÉL: Tú sabes lo que me duele eso que estás haciendo.

ELLA: Suéltame.

ÉL: Me duele mucho.

ELLA: Suéltame.

ÉL: Me hace pedazos tu silencio.

Ah, cómo te odio, cómo te odio.

Sabes cómo herirme.

ELLA: Suéltame.

ÉL: Te vas a vengar de mí.

ELLA: Suéltame.

ÉL: Estás resentida. ¿No es cierto?

ELLA: Suéltame.

ÉL: Si me perdonas primero.

¿Me perdonas?

Son los nervios...

No te dolió tanto. ¿No?

ELLA: Suéltame.

ÉL: ¿Me has perdonado ya?

¿Sí? ¿Irma?

Ella no contesta. Él vacila, luego la desata. Ella se frota las muñecas, luego se pone de pie y lo abofetea. Él se deja caer sobre el sillón llorando. Solo comienza a disponerse para ser atado. Ella completa la faena. Lo amordaza.

ELLA: Así estás mejor.

No tolero escucharte.

No lo tolero ¿Me oyes?

Ya no lo tolero.

Esto está podrido. Podrido.

Todo ha sido un error.

Nunca quisiste a mis hijos.

Podrías haberlos querido como yo.

No, nada de eso.

La burla, la burla, la burla.

Solo te interesaba el sexo.

Y el dominio.

Una sola cosa son ustedes.

Sexo y dominio.

Pues bien, lo pasaba mucho mejor con Roberto.

No te rías. Como Rita y como Irma.
Lo pasaba mucho mejor con Roberto.
Todas las mujeres de la casa lo pasábamos mejor con Roberto.
Lo hacía mejor que tú, mejor que Jaime, mejor que cualquiera.
Mucho mejor.
Era amable, cariñoso, sabía esperarnos, sabía adivinarnos el pensamiento, sabía justamente si queríamos que fuera violento o tierno o suave o delicado o exigente o sádico.
Nos hablaba, nos oía.
Se dejaba amordazar, nos amordazaba.
Todo era limpio con él.
Jamás nos prometió nada. Nada.
Jamás nos anunció la riqueza ni el despertar del país ni que ahora sí que seríamos un reino ni que esto era Londres ni París ni Roma.
Jamás me dijo que yo era una señora o una elegante condesa.
Jamás.
Ni una sirvienta. Ni nadie.
Ni siquiera me preguntaba mi nombre.
Me decía: llámame como tú quieras.
Y me decía: llámame como tú quieras.
Hazme lo que tú quieras.
Pídeme lo que tú quieras.

Parece paladear el recuerdo. Sutilmente excitada. Musita un diálogo erótico. Se autoacaricia. Lenta, suave, tortuosamente. Mira a Él. Se levanta. Cambia la mordaza por una venda sobre los ojos. Sonríe al verlo ciego.

ELLA: Así estás mejor.
Habla lo que quieras.
No te oigo.

Vuelve a su sesión de desenfadado erotismo, creciente, simulando una relación sexual muy perturbadora.

ÉL: ¿Irma? ¿Por qué haces esto, Irma? ¿Mujer?
Sé en qué estás.
Quieres que me imagine lo peor, quieres que piense lo peor.
Sabes lo cruel que es mi pensamiento.
Sabes que mi cerebro no cesa de torturarme.
¡Sabes lo celoso que soy!

Ella se detiene. Está cansada, jadea. Está insatisfecha y molesta. Frustrada.

ÉL: ¿Qué estás haciendo?
¿Con quién te estás acostando?
¿Vas a meter a un vagabundo en la casa?
Tú vas a terminar metiéndolos.
Tú vas a ser la que nos traicione.
Tú vas a ser la que derrumbe todo.
Te acuestas con ellos.
Seguro, caliente, puta, ordinaria.
Quizás qué enfermedad traerás en el cuerpo, quizás qué te meten en la sangre.
¿No sabes que envenenan el agua con su sangre infectada? ¡MUJER...!
Háblame, por favor, háblame...
Detente, por lo menos detente.
No me hagas esto...
Dulce amor mío, no me hagas esto...
ELLA: (*Fría.*) Estoy aburrida con tus ruegos.
ÉL: Los dos estamos aburridos.
De ruegos, de disputas, de temores.
Son los nervios, Irma.
ELLA: No me llames así.
ÉL: Estamos asustados, Irma, eso es todo.
No te rogaré más, no te golpearé más,
no te traicionaré más.
ELLA: No me llames Irma te he dicho.
ÉL: No te llamaré Irma.
Te llamaré como tú quieras.
Haré lo que tú quieras.
Me llamaré como tú quieras.
ELLA: Carlos está bien.
ÉL: ¿No preferías Roberto?
ELLA: No, ya no te pareces a Roberto.
Ya Roberto se marchó.
ÉL: ¿Y Jaime?
ELLA: También se marchó.
ÉL: ¿Y Rita?
ELLA: Se marchó.
ÉL: ¿Hay alguien ahí?
ELLA: Nadie. Tú y yo. Nadie más.
ÉL: ¿Quién eres tú?
ELLA: ¿Yo? No sé.
ÉL: Serás la que tú quieras.

Teresa de Calcuta, Lady Diana,
la Reina Isabel, la Infanta, Miss América...
ELLA: No, ya no sirve.
ÉL: Antes te gustaba...
ELLA: Ya no sirve.
ÉL: Antes te gustaba.
ELLA: Ya no sirve, te he dicho que ya no sirve.
ÉL: Encontraremos nuevos nombres,
encontraremos nuevos juegos...
ELLA: Nada sirve. Los vidrios están rotos.
Han cortado el teléfono.
Las puertas no cierran.
Los vagabundos duermen en los centros comerciales.
Ya todos se han dado cuenta...
Lo sabe todo el mundo.
Se nos nota.
La casa se siente vacía.
El eco.
Mis hijos...
ÉL: Los encontraremos...
ELLA: No volverán nunca.
Deben de estar perdidos por ahí,
fracasados como sus padres,
como su madre, como su época.
¿Te acuerdas cuándo llegamos a esta casa?
ÉL: ¡No sigas!
ELLA: No me puedes golpear.
Nada me importa.
Qué feliz es la mujer con el hombre atado.
Toda mujer debería alguna vez atar a su pareja.
Es maravilloso, absolutamente maravilloso.
ÉL: Te ves ridícula.
ELLA: No me ves.
ÉL: Te oyes ridícula.

Ella danza. Se estira. Recorre el escenario en puntas de pie.

ÉL: Te sigues viendo ridícula.
Bailas pésimo. No tienes gusto.
ELLA: Tú no sabes nada de lo que dices.
ÉL: Te conozco.
ELLA: No sabes nada qué estoy haciendo.

Estoy haciendo el amor.
Como a mí me gusta.
ÉL: Quieres perturbarme, eso es todo.
ELLA: Ja. Tú no sabes nada.

Jadea mientras baila. De pronto se detiene y simula un orgasmo, largo, intenso.

ELLA: Ah, ah, qué dicha más inmensa.
ÉL: Ridícula.
ELLA: ¿No puedes dejar de insultarme ni atado?
ÉL: Habría sido preferible que me amordazaras.
Si me dejas ciego sé que es para engañarme.
Y puedo hablar. Y eso me alivia.
Por eso cuando yo te ato te amordazo.
Y no te engaño.
Y te duele mucho más que cuando me atas tú a mí.
Ni siquiera sabes atar. Mira.

Extiende sus muñecas, desatado.

ÉL: Podría haberte golpeado pero te lo permití.
Que fueras feliz. Que te burlaras de mí.
Pero te veías ridícula.
Y eso no lo puedo permitir.
Nadie nos verá nunca ridículos.
Nadie. ¿Me oyes? Nadie.

Se saca la venda de los ojos.

ELLA: Estás resentido.
ÉL: No. Decepcionado más bien.
ELLA: No, la decepción no.
Eso sí que no.
No hay que decaer el ánimo.
Jaime, sonría.
Sonría, por favor.
ÉL: Además me toca a mí.
ELLA: ¿Te toca?
ÉL: Es mi turno de hacer el señor.
ELLA: ¿Estamos en la hora?
ÉL: Sí, estamos en la hora.

ELLA: Yo no quise ser grosera.
No pienso todo lo que dije.
Fue solamente un juego, Carlos.
ÉL: Señor. Dime señor.
ELLA: Sí, señor. Lo que usted quiera, señor.
ÉL: ¿Dónde está mi ropa?

Ella se la trae.

ÉL: Arregla la tuya.

Ambos componen sus disfraces.

ÉL: ¿Y el libro? ¿Y el látigo?
ELLA: Aquí está. Todo.
ÉL: Tú sabes, Rita, las reglas son las reglas.
ELLA: Sí, señor.
ÉL: Y si no haces bien el té esta vez
tendrás doscientos azotes.
ELLA: Lo sé, señor... pero ya no hay té.
ÉL: ¿No hay té?
ELLA: Era el último... No queda más.
ÉL: Hay que comprar té.
ELLA: ¿Quiere que salga? ¿Yo?
ÉL: No. Está oscureciendo.
La servidumbre no sale de noche.
Nadie sale de noche.
ELLA: ¿Enciendo la luz, señor?
ÉL: ¿Qué luz? Sabes que no hay luz.
ELLA: Unas velas. Puedo encender unas velas.

Lo hace. En penumbras.

ELLA: Pero no hay té.
ÉL: HAY TÉ.
ELLA: ¿Hay té? Claro que hay té,
qué tonta soy, por supuesto que hay té.
ÉL: Sirve el té, Rita.

Ella sumisa trae la bandeja. Simula servir el té.

ELLA: Como a usted le gusta, señor.
Orange Pekoe, señor.
Cargado y sin azúcar, señor.

Él lo prueba. Escupe.

ÉL: Esto es intomable.

¡Cómo pretende que trague este brebaje sin envenenarme!

¡Bruja! ¡Inútil! ¡Idiota!

ELLA: Pero, señor, siempre me sale bien.

No sé qué pudo haber sucedido.

No sé qué pasó.

ÉL: No aprendes nunca. Nunca...

Ven, en cuatro patas...

ELLA: Sí, señor.

Ella se dispone a recibir el castigo. Él vacila. Se quiebra y se detiene.

ELLA: ¿Qué pasa, señor?

ÉL: Esto no resulta, Irma.

ELLA: Soy, Rita, señor, me confunde...

ÉL: Esto no va más, Irma.

No va más.

Están ahí afuera.

Van a entrar en cualquier momento.

ELLA: No nos ven, señor

ÉL: Nos oyen.

ELLA: No nos oyen. Y si nos oyen, oyen lo que nosotros queremos que oigan.

Señor, por favor...

ÉL: No me digas señor. Es absurdo.

Nos vemos ridículos.

Como señores, como sirvientes.

¿Sabes cómo se veía Benson de camarero?

Nos daba mucha risa cuando estábamos ahí.

ELLA: No debería decir eso.

ÉL: ¡Deja de jugar, estúpida!

ELLA: ¡No es un juego!

Le arrebató el látigo.

ELLA: *(Muy dura.)* ¿Me vas a castigar o no?

ÉL: No tiene sentido.

ELLA: ¿Vas a permitir que no te haga el té como lo quieres?

¿Vas a permitir que me vaya sin que me manosees y abuses de mí?

¿Vas a permitir que todo se desmorone?

¿No te das cuenta de que así empezó todo?

Con esos estúpidos respetos con la servidumbre, permitiéndoles cualquier cosa, haciéndoles regalitos, pidiéndoles una opinión, siendo gentiles.

¿No te das cuenta de cómo a tu mujer se le han ido los humos a la cabeza?

¿Vas a permitirlo, maricón?

¿O no tienes pantalones?

¿O no tienes los huevos bien puestos?

¿O eres una mierda de hombre del que ya no queda nada?

ÉL: No me insultes.

ELLA: No tienes honor ni dignidad.

Eres un pobre diablo.

Te han hecho añicos tu famosa masculinidad.

Quieres ser como todos.

Un cualquiera.

Sometido.

Que se las arregla solo.

Castrado.

Dependiente.

Pacífico.

Tolerante.

ÉL: Dame ese látigo.

ELLA: El demócrata, miren al demócrata.

Asustado de que le quiten lo poco que tiene.

Lo nada que tiene.

Perdiste todo. Todo.

Y por eso estás aquí.

Y me aguantas cualquier cosa que te haga.

Cualquier cosa.

ÉL: Dame ese látigo.

ELLA: Quítamelo.

Quítemelo, señor.

ÉL: ¡Rita, el látigo!

ELLA: No, señor. Usted no me lo va a quitar.

Se acabaron los abusos, se acabaron sus atropellos.

Esta es la hora de nuestra liberación.

ÉL: Dame ese látigo, Rita, de una vez por todas.

ELLA: ¿Quiere que se lo devuelva?

Pues no lo tendrá. Nunca más lo tendrá.

Se acabó una época, ¿sabía?
Nos vamos. Jaime y yo. Y Clara y Teresa.
Y Roberto hace tiempo que ya se marchó.
Y Olga. Cada uno toma su camino.
Ahora somos todos iguales.
Todos iguales.
ÉL: Eres muy desagradecida, Rita.
Has tenido de todo en esta casa.
Afuera ni siquiera hay trabajo.
No hay nada que comer.
ELLA: Eso ya se verá.
Nos cree tan necesitados de su dinero
como para obligarnos a cualquier cosa.
Se acabó. Se acabó.

Se persiguen por la habitación.

ÉL: No sabes lo que dices.
ELLA: No me alcanzará.
No conseguirá hacerme callar.
Nunca más. Nunca más.
La ley está conmigo.

Él la atrapa y la reduce. La sujeta desde atrás y le arrebató el látigo. La inmoviliza y la va inclinando hacia delante, obligándola a que se ponga de rodillas.

ÉL: Te gusta que te domen, bestia.
Te gusta que te hagan morder el polvo.
¿No te das cuenta de que este es
el verdadero orden de las cosas?
Es muy mal ejemplo lo que estás haciendo.
Muy mal ejemplo.
¿Sabes lo que le hice a Jaime?
¿Sabes cómo quedó después de la paliza que le dimos?
Aprendió una lección. Una gran lección.
Lo dejamos salir.
Lo dejamos que viera qué estaba pasando afuera.
Cada vez hay más gente.
Más pobre. Más miserable.
Cada vez es más difícil vivir dignamente.

¿Sabías?
Estar aquí es una bendición. ¿Sabías?
Una bendición.
Jaime volvió solo.
Y pidió castigo a su rebeldía.
Venía hambriento, sucio, con piojos.
Había dormido en la calle.
¿Alguna vez has dormido en la calle?
Había pasado tres días sin probar bocado.
¿Qué te pedimos a cambio? Nada.
Solamente ser dócil.
¿Es mucho sacrificio?
¿Qué recibes a cambio, zorra?
Todo. Casa, comida, ropa, cariño.
Incluso un sueldo.
¿Comprendes que todo esto es por tu bien?
Por tu bien, Rita.
Para que madures, para que aprendas.
Yo mando y tú obedeces.
Y todo está mejor.
Cualquier otra cosa sería un error.
Un error enorme. Y terrible.
Todo se vendría abajo.
Crecería la miseria,
se derrumbaría el Imperio,
destronarían a la Reina.
Y todo por tu falta de respeto y de obediencia.
¿Comprendes?
ELLA: Sí, señor, comprendo.
ÉL: Te voy a castigar, Rita. Te tengo que castigar.
ELLA: Sí, señor. No me explique más.
Castígueme, por favor, castígueme.
Sea duro, implacable, por favor.
No me dé excusas.
ÉL: Es el orden, Rita.
ELLA: ¡No hable más! ¡Pégueme! ¡Pégueme!
Él la azota y la insulta hasta quedar exhausto.

ÉL: *(Jadeante.)* ¿Ya está bien?
ELLA: *(Casi en un gemido.)* Ya está bien.
ÉL: ¿Te parece?

ELLA: ¿Qué cosa, señor?

ÉL: Perdón. Rita, póngase de pie.

¿Qué hace ahí en el suelo? ¿Se le ha perdido algo?

ELLA: (*Muy adolorida.*) Limpio, señor, limpio debajo de las estanterías. Usted sabe, siempre me preocuparon las cosas del señor.

Se levanta pero trastabilla. Está muy adolorida. Él acude a sujetarla cuando casi se desvanece. La lleva al sofá. La tiende.

ÉL: ¿Cómo te sientes?

ELLA: Me has pegado muy fuerte.

ÉL: Perdona, es que...

ELLA: Está bien. Así debe ser. Son las reglas.

ÉL: Un día nos vamos a matar.

ELLA: (*Ríe.*) A ver quién mata al otro primero.

ÉL: ¿Estás segura de que lo hicieron así?

ELLA: No lo sé. Pero debieron hacerlo.

Todo estaría mejor.

ÉL: No nos habríamos conocido.

ELLA: No hables de eso. Andan por ahí.

ÉL: ¿Nos habrán oído?

ELLA: Seguro. Se habrán asustado.

ÉL: Eso espero. ¿Estás bien?

ELLA: Mejor, casi bien.

Me toca insultarte de vuelta.

A ti y a la señora.

ÉL: Estás delirando. Tienes que recuperarte.

ELLA: Nos escuchan. Nos están escuchando.

No hay que dar un minuto de tregua.

ÉL: No es para tanto.

ELLA: Tú los viste. Están por todas partes. ¿No?

ÉL: Sí, pero...

Ella se incorpora con gran dificultad.

ELLA: Déjame insultarte...

ÉL: Cómo quieras, pero me preocupa.

ELLA: Y tienes que volver a golpearme.

ÉL: Estás loca.

ELLA: ¡Carlos! ¡Es de vida o muerte!

¡No tendremos otra oportunidad!

ÉL: Haz lo que quieras.

Ella toma aliento y comienza su diatriba feroz como una posesa.

ELLA: ¡Tirano! ¡Dictador! ¡Asqueroso sádico!
¡Hijo de puta! ¡Que te pudras, gusano engreído!

ÉL: ¡Qué te has creído! ¡Zorra!

ELLA: ¡Abusador! ¡Cretino! ¡Gran imbécil!
¡Me marchó igual! ¡Que todo se derrumbe!
¡Que te mueras!

ÉL: ¡Que te mueras tú, idiota!

ELLA: ¡Maricón de mierda!

Violento intercambio de insultos y de golpes. De pronto Él la abofetea fuertemente. Ella cae exánime.

ÉL: ¡Asquerosa! ¡Alimaña repugnante! ¡India ingrata!

Él se detiene y cambia su tono, preocupado por la inmovilidad de Ella.

ÉL: ¿Rita? ¿Irma? ¿Qué te pasa?

La sacude primero levemente y luego con decisión. Ella no recupera el conocimiento.

ÉL: Mi amor... ¿Qué te pasa...? No, no puede ser... Qué espanto... ¿Qué voy a hacer ahora...? Irma... Irma... Mi Irma... No, no es posible...

Se pone de pie. Muy angustiado. Lloro. Se deja caer en un sillón. Hunde el rostro entre las manos.

ÉL: Te dije que no debíamos seguir, te dije que estabas mal... Hay que saber cuándo detenerse... Hay que saber parar... Irma... *(Lloro amargamente, entre gemidos.)* Bien... habrá que hacer algo...

Se pone de pie y arrastra el cadáver de Ella a lo largo de la escena. Se detiene para sacarle los zapatos.

ELLA: *(Súbitamente.)* ¿Esto harías si me muriese?

ÉL: ¡Irma! ¡Me has dado un susto tremendo!

ELLA. Eso ibas a hacer. Llevarme al sótano. Seguro. Igual que a los otros. Y buscarte otra, claro. Me cambias como a una camisa. Como cambiabas cartones, ropas, cigarrillos, como has vendido los cuadros, las alfombras, la vajilla...

ÉL: Pero... estaba deshecho, Irma...

ELLA: ¿Lo has hecho antes?

ÉL: ¿Qué quieres decir?

ELLA: Con otra, golpearla, matarla. ¿Lo has hecho?

ÉL: Estás loca.

ELLA: Seguro que lo has hecho. Por eso estabas solo. Seguro que tenías familia. Nunca hablaste de ella pero tenías familia...

ÉL: Irma, por favor...

ELLA: Tú no me quieres, Carlos, tú no me has querido nunca.

ÉL: ¿Vas a empezar con eso de nuevo?

ELLA: Por eso las fantasías con Rita, con la peluquera hindú, todos esos cuentos...

ÉL: ¡Irma! ¡Basta ya!

ELLA: Maldita la hora en que acepté este trato contigo.

ÉL: Si quieres, vete.

Vete de una vez por todas.

Ya no te aguanto.

ELLA: Sí, claro, ahora me quieres echar.

ÉL: ¿Me oíste? ¡Vete! ¡Ahora mismo! ¡Vete!

ELLA: Eso es, te quieres quedar tú con todo.

ÉL: Quiero estar tranquilo. ¡Tranquilo!

Nada más. ¡Tranquilo! ¿Es mucho pedir?

Me marcharé yo si quieres.

Busca infructuosamente una botella con licor.

ÉL: ¿No hay nada que beber en esta maldita casa?

ELLA: ¿Señor?

ÉL: ¿Se acabó el *scotch*, Rita?

Necesito un trago.

Mi mujer me vuelve loco con sus celos.

¿Dónde hay un trago?

Ella le ofrece una bandeja con un vaso vacío.

ÉL: Gracias, Rita. Deme otro.

Está loca, está totalmente chiflada.

He hecho todo lo que me ha pedido
y ahora se quiere ir.

ELLA: Sí, está loca, ha perdido un tornillo.

Habla tonterías, delira.

Se cree una gran señora.

Habla con su mayordomo.

Dice que va al campo con usted,
imagina cartas de sus hijos.

Absolutamente demente.

ÉL: Y se quiere marchar. Abandonarme.

¿Te das cuenta?

ELLA: Y yo también, señor.

ÉL: ¿Tú también, Rita?

ELLA: No lo soportamos, señor.

ÉL: ¿Vas a insistir con eso, Rita?

¿Quieres que te golpee de nuevo?

No, no caeré en ese juego.

Váyanse, váyanse si quieren.

Las dos, ahora mismo.

ELLA: ¿Y adónde me voy a ir?

ÉL: Tú sabrás. Rita ya se marchó.

Síguela si quieres.

ELLA: No podemos dejar esta casa.

No encontraremos otra. ¿No te das cuenta?

ÉL: Debe haber alguna.

ELLA: Podrías irte tú pero no lo haces porque sabes que no hay otro sitio. Ningún otro sitio.

Lo otro es contratarse como Benson o vagar como toda esa gente por las calles o ser nadie.

No, ni tú ni yo nos iremos.

ÉL: Este vaso no tiene nada.

ELLA: Eso no se dice, Carlos.

ÉL: En esta casa no hay nadie.

ELLA: ¡Carlos!

ÉL: No hay nada que hacer, Irma.

ELLA: No, eso sí que no.

Todos los insultos del mundo
pero jamás el desaliento.

Eso nunca, Carlos, eso sí que no.

El desaliento es la peor droga,
es la caída, es la perdición.

Hasta ahora hemos salido adelante.

Tú lo has visto. Vamos, volvamos a nuestros roles.

ÉL: No, yo no aguanto más.

No salgo nunca más vestido de mayordomo.

ELLA: Sal vestido de señor, entonces.

Te ves guapísimo.

ÉL: Se me nota que no soy un señor.

ELLA: Entonces de mayordomo.

ÉL: Se me nota que no soy mayordomo.

ELLA: Dios, quién se va a fijar tanto en ti.

Estás chiflado.

ÉL: Esto no da para más, Irma.

ELLA: ¡Carlos! ¡Nos vas a hundir si sigues así!

¡Nos vas a hundir!

Lo golpea locamente en el pecho con los puños cerrados.

ELLA: Dame ese vaso.

Estás bebiendo mucho.

Estoy harta de tus borracheras y tus depresiones.

Nos falta fe. Vamos, seamos religiosos.

Ponte de rodillas y recemos.

Recemos, mi amor, recemos.

Ella se arrodilla y junta las manos en oración.

ÉL: ¿Qué haces, mujer?

ELLA: Rezo. Pido por nosotros. Que Dios nos ampare.

ÉL: ¿Tú crees realmente que alguien te escucha?

ELLA: No hay que perder nunca la fe, nunca.

ÉL: ¿Tú crees que se puede tener fe en este gallinero?

¿Tú crees que a un par de miserables
como nosotros nos va a tomar en cuenta algún Dios?

ELLA: ¡No pierdas la fe, Carlos!

ÉL: No nos quita el hambre.

No nos quita la soledad.

No nos quita el frío.

ELLA: ¡El frío!

Ella se pone de pie intempestivamente.

ELLA: Señor, los abrigos.

Sale y vuelve a entrar con los abrigos. Grandes, de segunda mano, bastante maltrechos. Se escuchan afuera ruidos de pequeñas revueltas.

ÉL: Comenzaron las revueltas nocturnas.
ELLA: Sí, hay que arrojarse al suelo, señor.

Se arrojan al suelo. Ruidos. Disparos, pedradas, vidrios que se rompen.

ÉL: Basta ya, no hagas más de Rita.
ELLA: Como usted diga, señor.
ÉL: Y no me digas, señor.
ELLA: Está bien, señor.

Sirenas policiales.

ÉL: ¿Quiénes son ahora?
ELLA: Ni idea.
ÉL: A lo mejor los agricultores.
O los inmigrantes. O los mineros.
ELLA: O los vagabundos.
ÉL: No, esos solamente miran.
ELLA: Deben haberse refugiado en las casas.
ÉL: Ya oscurece.

Los ruidos se alejan.

ELLA: ¡Carlos! Hay que vestirse para cenar.
ÉL: Sí, es la hora.

Se incorporan apresuradamente y comienzan a vestirse. Él de esmoquin. Ella de traje largo.

ÉL: Mañana comeremos de verdad.
ELLA: Venderás los jarrones
y comeremos como príncipes.
ÉL: Podríamos estar mucho peor, Irma.
ELLA: Tenemos la casa...
ÉL: Y la ropa...
ELLA: Y los muebles...
ÉL: Y jamás encontrarán los cuerpos.
ELLA: Qué torpes, solamente por quedarse solos...
ÉL: Cuando la vida es tan hermosa.
ELLA: Hermosísima.
ÉL: Nadie descubrirá nuestro secreto.

ELLA: ¿Cuál de todos, Carlos?

ÉL: No sé. Todos.

Hasta nosotros los hemos conseguido olvidar.

ELLA: Sí. Mañana comeremos y cenaremos
y bailaremos y seré tu sirvienta
y tú mi mayordomo
y esperaremos a la Reina
y todo será espléndido.

ÉL: ¿Y si entran?

ELLA: ¿Quiénes?

ÉL: Los del garaje.

ELLA: (*Coqueteando.*) Nos encontrarán.

ÉL: ¿Nos encontrarán?

ELLA: Sobre la cama.

Con nuestras mejores galas. Como ellos.

Con las copas de champán aún oliendo a cianuro.

Sonrientes y glamorosos. Un par de señores.

ÉL: Será estupendo.

ELLA: Lo haremos cuando no haya más remedio.

¿Me lo prometes?

ÉL: Sí. Lo haremos cuando no haya más remedio.

Te lo prometo.

Ella ríe.

ELLA: ¡Y creerán que somos ellos!

ÉL: ¡Irma!

ELLA: ¡Creerán que éramos ricos!

ÉL: ¡Que cenábamos con champán,
que comíamos ostras al desayuno,
que manejábamos un Rolls!

ELLA: Encontrarán las cartas que nos hemos escrito...

ÉL: Creerán que hemos tenido hijos...

ELLA: Seremos como ellos.

Nos pareceremos a ellos.

Tenemos que parecernos a ellos.

ÉL: Tenemos que cuidarnos, Irma.

ELLA: Yo no me llamo Irma.

ÉL: ¿Y eso a quién le importará?

ELLA: Sí, Carlos. ¿Te llamas de verdad Carlos?

ÉL: En realidad me llamaba Roberto.

ELLA: No bromees.
ÉL: Pero como preferías un nombre falso...
ELLA: Carlos te queda mejor.
ÉL: Y a ti, Irma.
ELLA: ¿Cómo me veo?
ÉL: Maravillosa.
ELLA: Y tú.

*Número de zapateo americano estilo Fred Astaire y Ginger Rogers.
Se aplauden. Saludan a un público imaginario. Él coge una botella de champán.*

ÉL: Y ahora... brindemos.
ELLA: Perfecto. Destápelo... ¡Jaime!
ÉL: Sí, señora.
ELLA: Descorche el champán, por favor.
ÉL: Sí, señora.
ELLA: La noche está estupenda,
maravillosa, esplendorosa.
¿No escuchas a lo lejos esa banda de jazz?
ÉL: El champán está listo, señora.
¡Rita! Sirva, por favor.
ELLA: Sí, señor. Su copa, señora.
ÉL: La suya, señor.
ELLA: Gracias, Rita.
ÉL: Gracias, Jaime.

Beben.

ELLA: Por una larga vida juntos.
ÉL: Por la eternidad.
ELLA: Dejados solos, por favor. Rita, Jaime.
ÉL: ¿Bailamos?

*Bailan. Tararean «Cheek to cheek» mientras se escucha vago rumor de las
revueltas nocturnas.*

ÉL: *(En susurros.)* Que nos escuchen los del garaje.
ELLA: ¡Estamos felices!
ÉL: ¡Estamos dichosos!
ELLA: ¡Más felices que nunca!
ÉL: ¡En la gloria!

ELLA: (*En susurros.*) ¿Esto hace efecto rápido?

ÉL: 10 ó 15 minutos.

ELLA: ¡Somos los más felices del mundo!

ÉL: ¡Inmensamente felices!

ELLA: ¡Tenemos una casa preciosa!

ÉL: ¡Tenemos hijos preciosos!

ELLA: ¡La vida es fantástica!

ÉL: ¡El amor es algo esplendoroso!

Ella detiene su griterío.

ELLA: Me mareé.

ÉL: Yo también.

ELLA: Es el champán.

ÉL: Sí. Está haciendo efecto. Diez...

ELLA: ¡Hey! ¡Los del garaje!

ÉL: Nueve...

ELLA: ¡Lo estamos pasando espléndidamente!

ÉL: Ocho...

ELLA: ¡Tenemos una fiesta gigantesca!

ÉL: Siete...

ELLA: ¡Llena de sirvientes!

ÉL: Seis...

ELLA: ¡Llena de invitados!

ÉL: Cinco...

Ella cae sobre el sillón. Él la mira.

ELLA: ¡Está llegando la Reina!

ÉL: Cuatro...

ELLA: ¡Nos está saludando la Reina!

ÉL: Tres...

ELLA: ¡Nos ha nombrado condes la Reina!

ÉL: Dos...

ELLA: ¡Duques! ¡Marqueses! ¡Lores! ¡Reyes!

ÉL: Uno...

ELLA: ¡Tocaremos el cielo! ¡Estaremos sobre el bien y el mal! ¡Sobre la vida y la muerte! ¡Más allá del horizonte! ¡Más allá! ¡Más allá! ¡Donde no nos podrán tocar! ¡Ni rozar! ¡Ni ver siquiera! ¡INALCANZABLES!

Ella enmudece. Cae con los ojos abiertos. Exánime. Parece muerta. Cae su copa.

ÉL: Cero...

Él bebe su copa. La arroja. Pausa.

ELLA: ¿Estamos muertos?

ÉL: Algún día, Irma, algún día.

Ruido de las revueltas. Oscuro.

Telón

Marco Antonio de la Parra. Correo electrónico: delaparra@entelchile.net

Todos los derechos reservados.

Buenos Aires. 2013.

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar